

les momentos y ante cuadros tan hermosos, el ánimo se siente tranquilo y extasiado, y se establece una como secreta armonía entre los sentimientos del alma y las imágenes de la naturaleza. El gozo, la alegría, el amor, los anhelos y ensueños, todo se aviva y magnifica; nacen nuevas ilusiones, y la vida parece anunciarnos una série de inacabables venturas.

¡Bendita primavera que así calma los pesares de los hombres, y con sus pródigos dones nos hace soñar con la felicidad! ¡Bendita estacion que da lozanía, y vida, y hermosura á la tímida doncella que languidece de amor, que enciende en sus mejillas el casto fuego del pudor cristiano, que tiñe de rosa los ensueños de su alma pura, y le ofrece en cada una de sus flores poéticos y expresivos emblemas de sus inocentes pensamientos! ¡Bendita primavera, que trae en las alas de sus brisas perfumes deliciosos, precursores de esos otros perfumes de la vida,—el amor, los recuerdos y la esperanza!



RECUERDOS DEL EVANGELIO.

I

ALLÁ, en Judea, en las risueñas campiñas regadas por el Jordan, en las esmaltadas praderas que perfuma la flor de Jericó, en las amenas orillas del mar de Galilea, en los callados montes y las tranquilas florestas; en aquellas ciudades del Oriente llenas de grandeza y de tradiciones sublimes, donde resonaron las voces de los profetas y gimieron Ezequiel y Jeremías,—la multitud sigue á un hombre de aspecto sencillo y majestuoso, que predica palabras de amor y de enseñanza que á todos consuelan. Viste la humilde y modesta túnica de los hebreos: son sus maneras de una naturalidad casi primitiva, tienen sus miradas una expresion de dulce ternura que no puede explicarse, y es su fisonomía espejo limpio de bondad y misericordia. Diríase que en la varonil belleza de ese hombre hay algo divino que lo hace extranjero en este mundo.

¿Quién es este varon que recorre sin cesar los lugares más apartados de Judea y que atrae cerca de sí á cuantos le ven? ¿Por qué todos

se sienten llenos de confianza á su lado y le contemplan con filial cariño? ¿Qué misterioso atractivo hay en su palabra, que al mismo tiempo que regala el oído, conmueve, cautiva y enternece los corazones? Ayer nadie le conocía; hoy todos le aman. Se ignora de dónde viene, no se sabe qué misión trae. Pero, ¿qué importa? ¡Ha hecho ya tanto bien, ha consolado tantos infortunios, ha devuelto el bienestar á tantas almas afligidas! . . . Su misión debe ser de paz, porque sus palabras envuelven conceptos que jamás se habían oído; ensalza la pobreza, aconseja el perdón, da confianza á los tímidos, enseña la bondad y la mansedumbre. Los niños se acercan á él para recibir sus caricias; los desvalidos le piden dulces consuelos y santas bendiciones; los ciegos y los paralíticos solicitan de su misericordia luz y movimiento, y los que han perdido á un ser querido van á donde está Jesús para pedirle en medio de amargo llanto, que le vuelva la vida y lo saque de la tumba. ¡Y los prodigios se cumplen! El pobre olvida su miseria, el ciego vé, los paralíticos andan, los muertos resucitan. . . . ¿Quién es, pues, este hombre? ¿Por qué las turbas lo aman como á un tierno padre? ¿Por qué lo buscan y lo ven como su único protector y amigo?

El pueblo, admirado y sorprendido, recuerda entonces las promesas de Jehová, aquellas promesas con que por muchos siglos le ha consolado en sus desdichas. Recuerda igualmente las solemnes palabras de los profetas de Israel, y por un poderoso instinto de sus almas sedientas de ventura, todos comprenden que aquel

varón es el Mesías por quien suspiraron los patriarcas, los jueces y los reyes; es el Cordero sin mancilla que esperó David; es el Salvador del pueblo de Dios y del mundo, que viene á aliviar las desgracias, á derramar por la tierra inefables consuelos, á abrir manantiales de pureza y de gracia para regenerar al pecador, á dar, finalmente, dicha eterna y dulcísima á las almas adoloridas que en Él creyeron y en Él esperaron. Aquel hombre es el Hijo de Dios.

II

Jesús nació en humilde cuna, y sólo los ángeles del cielo y los pobres de la tierra presenciaron la humildad del dichoso albergue de Betlem. Allí María, la más pura de todas las vírgenes, la criatura inmaculada que en los designios del Eterno fué destinada á ser la Madre de Dios, y recibió de Gabriel la sorprendente nueva; allí, en ese establo olvidado del mundo y despreciado de los hombres, María dió á luz al Verbo Encarnado que venía á salvar á los pecadores, al Señor que había creado los cielos y la tierra, las estrellas y los mares.

El inocente niño creció y vivió en la oscuridad y la pobreza; pero su venturosa Madre le vió desde sus primeros años discutiendo con los doctores del templo, é inspirado por su amor, le vió también hacer su primer milagro en las bodas de Canaan. ¡Ay! Aquel Hijo de sus entrañas no le pertenecía. . . . Había bajado á la tierra enviado por su Padre, para que enseñara al hombre la nueva doctrina y le abriera con su

muerte en la cruz las puertas de la celestial Jerusalen.

Jesucristo dejó la morada en que se había deslizado su niñez, y fué al mundo para predicar por todas partes la verdad y explicar su divina ley: debía entrar á las ciudades, recorrer las aldeas, atravesar desiertos, y descansar á la sombra de las palmeras ó dormir á la orilla del torrente. María, entre tanto, queda sola, resignada con su aislamiento, obediente y humilde ante los decretos de su Señor. ¿Quién la acompañaría en su soledad, quién comprendería y aliviaría su tristeza? ¡Oh Virgen pura, cómo no amarte si áun ántes de la Pasion y Muerte de tu Divino Hijo, se sintió traspasado tu corazon por los dardos del dolor!

III

Jesus se había hecho hombre por amor á los hombres; y por amor á ellos debía igualmente sujetarse, como lo habían anunciado los profetas, á todas las amarguras, á todos los dolores, á todas las tristezas y penas encerradas en este valle de lágrimas. ¡Admirable prueba de amor que apénas puede concebirse por la limitada inteligencia humana! ¿Quién no se sorprende ante la humildad de este Justo, ante la complacencia inefable que siente su corazon cuando se somete á la ley comun?

Comienza su vida pública pidiendo con sencillo candor al Bautista que derrame sobre sus sienas las aguas del Jordan, y en seguida se consagra á cumplir la mision que le ha dado su

Padre. ¡Qué vida desde entónces! El delicado perfume de la inocencia virginal de sus primeros años, había pasado sin ser notado por el mundo, y ahora era preciso que sus virtudes edificasen á los hombres y á los pueblos.

Humildad como la suya jamás se había visto en Judea; y su pobreza no podía compararse con la del más infeliz de la tierra. Aquella mansedumbre de sus ojos, aquella tierna y dulce expresion de sus miradas, aquel acento blando y amoroso de su voz que no podía olvidarse una vez oído, todo revelaba á la multitud el inmenso tesoro de amor y de bondad contenido en el corazon de Jesus. La sencillez de sus costumbres admiraba y confundía á cuantos las presenciaban, y era para los pobres y los humildes prenda segura del interés que le inspiraban. Porque Él no buscaba la compañía de los poderosos, ni se detenía en las ciudades, ni se acercaba jamás al dintel de palacios ostentosos; ántes al contrario, amaba el campo, la soledad de su retiro, el silencio de los desiertos, las sosegadas orillas de los lagos. Agradábale verse rodeado de niños inocentes ó de huérfanos desvalidos; llamaba cerca de sí á los desamparados, y gustaba de la conversacion de los que tenían una alma sencilla y candorosa. La casa del pobre era su único refugio.

¡Cuántas veces las floridas márgenes del mar de Galilea le vieron en medio de una turba numerosa, prodigando palabras de enseñanza! ¡Cuántas veces tambien, á la caída de la tarde ó al suave resplandor de la luna, iba Jesus por caminos solitarios, seguido de sus discípulos,

como un padre acompañado de sus hijos! Y unas veces reclinado en la barca de Pedro, otras en las calles y alrededores de la ciudad; ya en el ameno campo del labrador, ya en la morada humilde del huérfano; en fin, donde quiera que Él estaba, tenía siempre para todos consuelos dulcísimos y promesas de ventura, que hacían dichosos á cuantos creían en su palabra. *Hacia el bien por donde pasaba*, dice el Evangelista.

IV

¡Oh pueblo ingrato, que has tenido la dicha de abrigar en tu seno al Redentor de la humanidad! ¡Oh pérftda muchedumbre, que acompañaste tantas veces á Jesus en sus peregrinaciones por el desierto! ¡Oh corazones volubles, que hallásteis el consuelo en la predicacion de este Justo! ¿Por qué habeis perdido la fé, por qué dudais?

Ayer, todavía ayer resonaban por los aires gritos de entusiasmo y de júbilo. El Hijo de David encontraba á su entrada en Jerusalem alfombras de flores, palmas de triunfo, corazones que latían de piedad y de amor, rostros risueños que se animaban con su sola presencia. Y hoy.... ¿qué son esos gritos de muerte que se oyen frente al palacio del gobernador de Judea? ¿Qué quiere esa muchedumbre que se agita, ébria de sangre, de desórden y de maldades?

El pueblo judío no quiere ya ver en aquel manso Jesus al prometido de Israel, al Rey que anunciaron los profetas, al Hijo de Dios que

debía bajar de los cielos. ¿Dónde están sus ejércitos, dónde su poder, dónde aquel cetro que ha de dominar al mundo? ¿Cuáles son las hazañas de este Rey que se presenta solo en medio de su pueblo, rodeado de pobreza, y que en vez de prepararse al combate, se sienta á conversar sobre el reino de Dios con los pobres y los desgraciados?—¡Jesus, grita el pueblo enfurecido, es un impostor, y debe morir! ¡Que muera crucificado!

¡Oh ceguedad humana, oh maldad inaudita! Jerusalem, Jerusalem, ¿cómo has podido olvidar tan pronto la palabra serena, tranquila y amorosa de este hombre que todo lo perdonaba? ¿Ya no recuerdas que Él ha enseñado á olvidar las injurias, á amar á los enemigos, á hacer el bien sin ostentacion ni vanidad? ¿No es Él quien ha edificado á la multitud con el ejemplo de sus virtudes? Ese para quien hoy pides la muerte, despues de haberle recibido con palmas y laureles, es el que ha consolado el infortunio, el que ha dado abrigo al huérfano, el que ha enjugado muchas lágrimas, el que ha venido á establecer una ley que será por los siglos de los siglos la salvacion de la humanidad. Él regeneró á Magdalena, sacó á Lázaro y á la hija de Jairo del sepulcro, perdonó á la mujer adúltera y quitó á la muerte su poder. ¿Por qué hoy quieres que muera?....

V

El sacrificio va á cumplirse, y pronto las promesas del Dios de Israel y los anuncios de los profetas quedarán sellados para siempre con la sangre del Cordero Inmaculado.—¿Qué falta ya?

Jesucristo ha sembrado en el entendimiento de rudos pescadores y en el corazón sencillo de algunos hijos del pueblo, la semilla fecunda de su divina doctrina: ella fructificará, regada por su sangre y por sus lágrimas, para que sea árbol frondoso que dé sombra al universo. El ejemplo de su vida, la eficacia de sus conceptos, el recuerdo de los padecimientos que tuvo en la tierra para redimir al hombre, jamás se olvidarán, ni se borrarán nunca de los anales del género humano.—Aquí queda ya una Ley Nueva, en la cual la virtud tiene un premio, el sacrificio una recompensa, el entendimiento una luz purísima é inextinguible que le guiará á través de las tinieblas, el corazón un manantial de nobles aspiraciones, la desgracia una esperanza y un consuelo; Ley, en fin, en que se encierra la dicha que Dios concede al hombre en esta vida y en la que la ha de seguir.

Todo queda santificado en ella. Los beneficios de la Redención se extenderán por el mundo como las olas de un inmenso océano, y millares de apóstoles y discípulos sellarán con su sangre la predicación de esa celestial doctrina. La familia va á quedar constituida, la mujer saldrá de su abyección para ser la reina y señora

del hogar, y los pueblos todos florecerán al amparo del Evangelio, que les abrirá horizontes de luz y de ventura.

Instruida ya la humanidad en esta Ley Santa, Jesús debe consumir su obra muriendo en el Calvario.

VI

Allí está, clavado en ignominiosa cruz, lleno su cuerpo de heridas, cubierto de sangre, rodeado de infame muchedumbre que no se atreve á proclamar su triunfo. ¿Quién le acompaña en su agonía, quién ha enjugado su rostro, hácia quién vuelve los ojos?

Los que ayer le llamaban Maestro han huido, los que de Él recibieron consuelos le han abandonado, los que le deben la salvación y la vida no se atreven á presentarse en aquella sangrienta y dolorosa escena..... Sólo María, la Inmaculada Virgen que llevó á Jesús en sus entrañas, y vive todavía para recibir en aquellos momentos la corona del martirio; sólo Magdalena, que recibió del Salvador el perdón de sus pecados, y Juan, el discípulo amado, el tierno amigo de Jesús, están allí para recoger sus últimas palabras, sus últimas miradas y sus postreros suspiros.

¿Quién no ve en esa agonía la agonía del Justo de los justos, y en ese cuadro el desenlace de un drama que sólo el Eterno pudo concebir? ¿Quién no ve en esa muerte la muerte de un Dios?

Es la hora en que el sol derrama sobre la tie-

rra sus más ardientes rayos. Los animales han huido á sus cavernas, los campos están desiertos y tristes, la tórtola gime solitaria en el escaso follaje de los árboles. . . . Todo calla y desfallece, como si estuviera próxima alguna catástrofe.

El Mártir de la Cruz inclina la cabeza; muévase lentamente sus labios, y por última vez salen de ellos palabras de amor y de perdón. Su último suspiro es un suspiro de misericordia.



MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

I

MAÑANAS de Abril y Mayo! ¡qué bellas son en nuestro valle de México! ¡qué sucesion de magníficos cuadros se presenta á la vista del observador amante de la naturaleza! El cielo sereno y despejado; el horizonte limitado por azules montañas; la extensa campiña sembrada de pueblecitos y de jardines, de palacios, de quintas y de casas de recreo; por todas partes hermosos paisajes, perspectivas encantadoras, florestas deliciosas, risueños y misteriosos retiros que convidan á la felicidad con su silencio y su apartada soledad.—A la hora en que las flores abren su broche para perfumar el ambiente, la ténue claridad del alba anuncia en el Oriente la proximidad del nuevo día; y entonces las aves cantan regocijadas en sus nidos y comienza el concierto animadísimo de la mañana, alegre, entusiasta cual ninguno; las estrellas del cielo palidecen y se ocultan; tiñese de grana la cándida nieve del Popocatepetl y del Ixtacihuatl; huyen por el ancho firmamento las lige-